

CASA MUSEO NINA

VIVIR PARA VER!

Para CARAS Y CARETAS

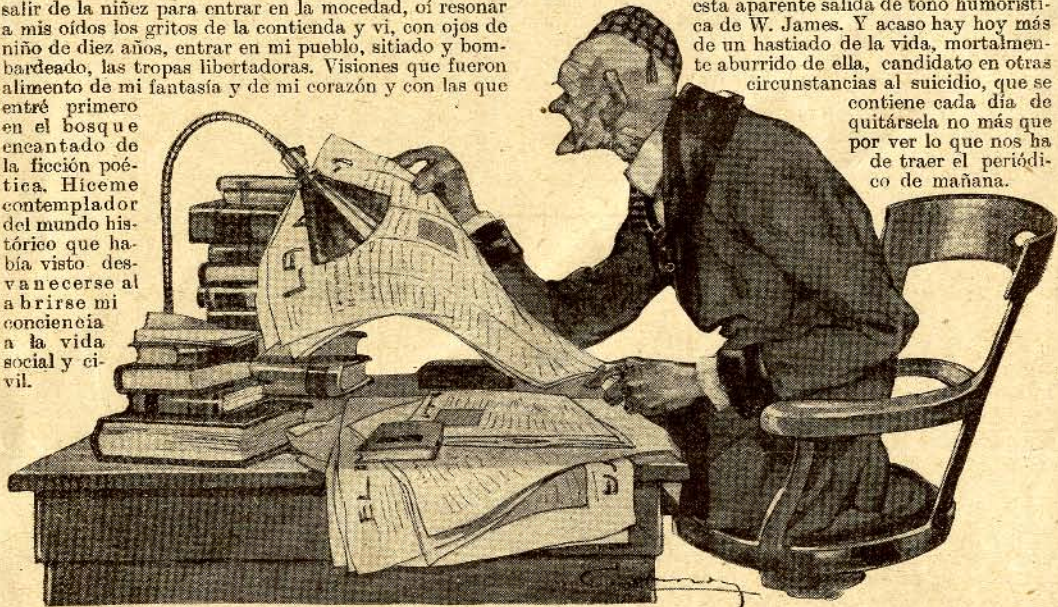
9 de Julio 1917 5-81

Más de una vez, leyendo historias de la gran Revolución Francesa o del movimiento de la Reforma Protestante o del Descubrimiento de América o de las Cruzadas o de otro cualquier hecho histórico así, que ha sido como un hito en la marcha de la Humanidad al través de los siglos, se me ha ocurrido, dejando con melancolía el libro en una tarde apacible y gris, decirme: «Ah, si hubiese vivido entonces!» Atediado bajo el fluir de días todos iguales e igualmente nebulosos, cuyas horas todas eran como la de una apagada puesta de sol del tardo otoño, añoraba aquellos días ardientes, rojos con el rojar de la sangre humana encendida en tempestades de pasión. Y me soñaba cruzado con Godofredo de Bullón, compañero de Cortés o de Pizarro, hugonote con Coligny o molinón con Crómwell, jacobino con Dantón. Pero había que vivir en una edad contemplativa.

Y menos mal, por lo que a mi hace, que allá, al salir de la niñez para entrar en la mocedad, oí resonar a mis oídos los gritos de la contienda y vi, con ojos de niño de diez años, entrar en mi pueblo, sitiado y bombardeado, las tropas libertadoras. Visiones que fueron alimento de mi fantasía y de mi corazón y con las que entré primero en el bosque encantado de la ficción poética. Hiceme contemplador del mundo histórico que había visto desvanecerse al abrirse mi conciencia a la vida social y civil.

Is Life Worth Living? — observación que pudo acaso a alguien, en tiempos normales, parecer una salida de tono humorística o una paradójica impertinencia. Y es que hablando del suicidio cita unos terribles versos del poeta inglés James Thomson («B. V.») el autor de «La ciudad de la noche terrible» — *The City of the dreadful night* — poema, dice W. James, que es menos bien conocido de lo que debería por su belleza literaria, a causa tan sólo que se tiene miedo de citar sus palabras, y los versos que éste cita de aquél dicen: «Esta pequeña vida es todo lo que tenemos que sufrir; la más santa paz de la tumba es segura para siempre» y luego añade: «Medito estos pensamientos y me consuelan». A lo que W. James añade: «Entretanto podemos aguardar veinticuatro horas más siquiera para ver lo que han de contarnos los periódicos de mañana o lo que nos ha de traer el próximo cartero.»

Ahora comprendemos todo el meollo valorativo de esta aparente salida de tono humorística de W. James. Y acaso hay hoy más de un hastiado de la vida, mortalmente aburrido de ella, candidato en otras circunstancias al suicidio, que se contiene cada día de quitársela no más que por ver lo que nos ha de traer el periódico de mañana.



Y ahora que vivimos en días no menos henchidos de historia y de gloria, de grandeza épica, de futuras leyendas y de esplendores, en días como pudieron ser los de las Cruzadas, la Conquista de América, la Reforma o la Revolución, el mismo demonio familiar que al leer las historias de estos grandes hechos me hacía decir: «Ah, si hubiese vivido entonces» me hace decir ahora: «Ah, si pudiese leer la historia de lo que está pasando dentro de un siglo y tal como los hombres de entonces lo vean!» Hace pocos años, diez, cinco, aun menos, sentíame nacido demasiado tarde y hoy me siento nacido demasiado pronto. ¡Si tuviese siquiera veinticinco años menos para poder dentro de unos cuarenta y tantos, viejo ya, vislumbrar algo de las permanentes consecuencias de la gran Revolución mundial que es esta guerra!

El hombre de acción y el de contemplación se me desdoblaron. Como hombre de acción peleé en este rincón de España y con mi arma, que es la pluma, por agregar el espíritu de mi patria al espíritu que pelea en el hogar de la civilidad europea por la liberación de la personalidad de los pueblos, y peleando así me enardezco y me apasiono y siento conciencia de vivir en la historia. Pero como hombre contemplativo me pierdo en la confusión de los sucesos que turban y hasta borran las líneas del hecho solemne que se va desarrollando al fragor y el fulgor de las batallas. Cada día deseo el día siguiente, a ver que es lo que nos dicen los diarios. Y casi todos los que tenemos conciencia civil histórica, los que somos más que meros consumidores económicos, vivimos una vida de expectativa.

Ahora es cuando comprende uno todo el valor ideal de una observación del filósofo norteamericano William James en su ensayo sobre si la vida vale ser vivida, —

Conozco un hombre de edad no muy avanzada, pero muy gastado ya, avejentado aunque no viejo, lleno de achaques y más que de achaques de aprensiones, el cual cada vez que me encontraba no me hablaba sino de lo poco, de lo muy poco que le quedaba por vivir. «Cualquier día oye usted que he emigrado, sin despedirme de nadie, para el otro mundo, solía decirme. Oprimáale el pecho — y hasta materialmente — la aprensión de que le rondaba una muerte repentina, por rotura de un vaso sanguíneo, por brusca parada del corazón. Apenas hablaba sino de su dolencia. Mas hace ya algún tiempo que es otro. Ya no nos habla más que de la guerra, de la Revolución, de la historia en que nos movemos, vivimos y somos. Al comentar la liberación de Rusia y la caída en ella de la autocracia, se exaltó y no se acordaba ya de su pecho. No medía y retenía sus palabras como otras veces hacía por temor a dañar al corazón. Abandonóse ahora a la emoción histórica del solemne momento actual sin pensar si ese abandono ha de acortarle la precaria vida. Y aun más, y es que nos dice: «No pienso morirme sin ver en que acaba esto! ¡Sería una lástima!» Y no, no se morirá. La emoción de la expectativa le hará vivir. Y ahora vive porque quiere vivir y quiere vivir para ver en que acaba esto. Se le ha levantado el corazón. La historia le ha restituido las reservas de él.

Cuentan de un historiador — quisiera recordar que de Ranke — que siendo ya viejo — Leopoldo Von Ranke vivió 91 años, de 1795 a 1886 — emprendió una obra histórica de largo aliento y que había de ser muy extensa, y que como alguien se atreviese a manifestarle su admiración porque a tan avanzada edad — debía de tener 70 años — se metiese en tal empresa, le hizo saber que lo hacía por estar seguro de poderla

Incluido en "Supervivencias y meditaciones" VII - ("Caras y Caretas" Buenos Aires (R. A.) 9 de Julio 1917) GREDOS USAL ES

acabar durase lo que durase. A lo que unos opinan que fué el ánimo de terminar su largo trabajo lo que le mantuvo en vida, y vida vigorosa, y otros que fué por sentirse por dentro joven por lo que emprendió empresa de tan largo aliento. Y puede ser lo uno y lo otro. El poeta inglés George Meredith, cantor de la vida y no de la muerte, escribió el primer poema suyo de los publicados a sus 21 años, en 1849, y el último a sus 80 años, en 1908. Y aun vivió más. Y en esta última poesía: «Juventud en vejez» — *Youth in age* — nos dice: «Era yo en un tiempo parte de la música que oía en las ramas o dulcemente entre tierra y cielo; por goce del batir de las alas en lo alto saltaba mi corazón en el pecho del ave. La oigo ahora y la veo volar y de nuevo se me sacude una vida en arrugas; mi corazón salta en el pecho del ave y lo hará de puro amor hasta el último largo suspiro.»

Al henchirnos hoy los oídos, aunque sea de algo lejos, el fragor de la más grande contienda humana que vieron los siglos, nos salta el corazón en el pecho ansiando vivir. Y vivir para ver. Así dice, aunque en otro sentido, el dicho decidero popular: ¡Vivir para ver!

Se puede vivir y se vive de recuerdos, se puede vivir y se vive de esperanzas, y con aquéllos, con los recuerdos, se construye esperanzas, como éstas, las esperanzas, se nos convierten con los años en recuerdos, y se puede vivir también y se vive de expectativa. Y ésta es más pura, más ideal, más objetiva que la esperanza. Porque la esperanza dice relación a algo que individualmente nos atañe y nos trae dicha o ventura, esperamos un bien como, tememos un mal, pero la expectativa es de algo general, de lo que va a pasar, del desenlace de un drama. Es el de la expectativa un sentimiento estético, esto es: desinteresado.

Y hay quien compadece ahora a algún pariente, a algún amigo que murió sin llegar a ver esto. «Lo que le habría interesado a mi pobre padre lo que está pasando! ¡Los comentarios que habría hecho de ello!», me decía un amigo.

Desearnos que la terrible representación del drama vaya todo lo de prisa posible, nos impacientamos por

sus aparcentes languideces, nos desasosigan los episodios que se prolongan, y a la vez quisiéramos abarcarlo todo en conjunto. Quisiera uno vivir ahora, en medio del mar tempestuoso, entre sus olas gigantes, o siquiera en la orilla del mar, a vista de la tempestad, quisiera uno ser actor o al menos testigo de la vasta tragedia, formar entre los espectadores ya que no en el coro o acaso las primeras partes, y a la vez quisiérase poder leer tranquilamente el relato de la gran tragedia épica, de la gran epopeya trágica, tal y como *pasó*, allá en la historia asentada como tradición para siempre. Del mismo modo que al desear haber sido cruzado y conquistador en el Perú y hugonote y jacobino en el Terror, no renuncia uno al exquisito placer de leer ahora, a siglos de distancia, lo mismo que en los pasados hiciera.

Y es cosa de muy hondo sentido lo que los que más nos hemos lamentado, en prosa y en verso, del vertiginoso correr del tiempo, del fluir de las horas, de como nuestras vidas, que son los ríos, van a dar en el mar, que es el morir, olvidemos ahora esa tragedia íntima de cada hombre sensible y deseemos que la corriente se precipite más aún. Es como el encanto de contemplar el violento rápido de una cascada. Recuérdame lo que debe ser el espectáculo de la gran catarata del Niágara según hemos podido juzgarlo, los que no la hemos visto en donde está, por su reproducción cinematográfica.

Y así es como en medio de tantas muertes acaba uno por olvidarse de la muerte y al monástico: «morir habernos!», sustituye el histórico: «vivir para ver!»

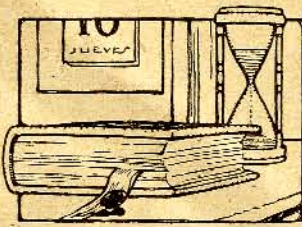
Vivir para ver, sí; pero también ver para vivir.

Porque ahora vivimos de ver, de contemplar. Y no hay ficción poética que supere a la realidad histórica. Por lo que es tan endeble casi toda la producción literaria que la guerra inspira. Incluso, seguramente, esta mi elucubración sobre el vivir para ver.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 27/IV/17.

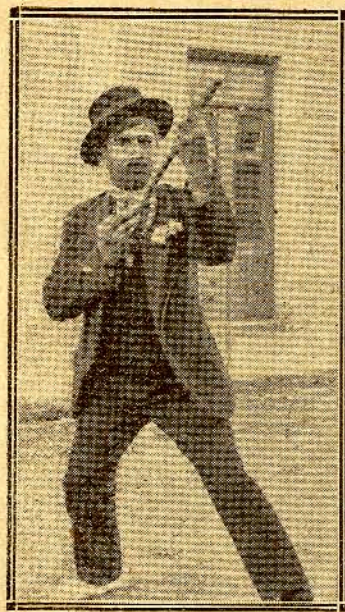
Dib. de Centurión.



TIPOS POPULARES DE LA REPÚBLICA

Domingo Llanos, "El loco Llanazo"

Es el tipo más popular del pueblo de Brandsen, sus características son: en primera línea una *mona* que no tiene fin, pues la terminación de la primera está ligada con el principio de la segunda y así sucesivamente, desde hace ya muchos años. No obstante, ha revelado ya alguna vez un rasgo de predominio sobre su carácter embotado ya por el alcohol, prometiendo al vecindario que no lo probaría, y así lo hizo por algunas semanas; pero cayó en brazos de Baco, con más ardor que antes.



«Llanazo», con su garrote clásico, terror de la chiquilnada.

Su *mona* es inofensiva para el que le conoce; pero se torna temeraria para el desconocido, pues recorre las calles del pueblo, amenazando destruir la humanidad entera, si ella estuviese al alcance de su puño que, amenazante, esgrime en alto enarbolando un palo, gritando a veces tan fuerte que se hace necesario calmarle con algunas horas de *frescura*, que tan generosamente le ofrece la leonora.

Los chicos tienen en él un entretenimiento agradable, pues le siguen en la calle, haciéndole coro y riendo de las múltiples piruetas y mojiganas.

«Llanazo» es la mejor «réclame» para propaganda de negocios o funciones teatrales, ya sea repartiendo carteles, o haciéndolo verbalmente, por eso es el *don preciso* en esas circunstancias. Vive haciendo el mozo de cordel en la Estación del Ferrocarril, principalmente, donde constituye el pasatiempo de los pasajeros o desocupados.

«Llanazo» es argentino, tiene opinión política y le saca *jugo* mejor que nadie a la Ley implantada por el doctor Sáenz Peña, pues él le saca a todos los bandos políticos algunas monedas, y vota por el último que le da veinte centavos antes de llegar al comicio.



«Llanazo», entonándose para la propaganda.